

del Chocó, donde emprendió estudios y realizó trabajos para un futuro canal interoceánico por el Río Atrato, es decir, el proyecto que en la actualidad tiene el gobierno del país hermano.

Nos refiere también que, siendo don Joaquín Acosta Capitán de Infantería, acompañó al Mariscal Sucre de Cali a Buenaventura, cuando el héroe se dirigía al sur a librar las batallas gloriosas que en el Ecuador, Perú y Bolivia inmortalizarían su nombre.

Doña Soledad casó con el doctor José María Samper Agudelo, abogado eminente, pulcro escritor, fogoso parlamentario y atinado diplomático. El doctor Samper dejó una vasta producción literaria. Del matrimonio Samper-Acosta quedaron cuatro hijas: Bertilda, Carolina, María Josefa y Blanca Leonor.

Numerosas fueron las instituciones culturales y académicas que honraron a Doña Soledad; entre ellas la Academia Nacional de la Historia de Venezuela, que en 1890 la hizo Miembro Correspondiente.

Con celo y cuidados especiales conservó Doña Soledad la rica biblioteca de su ilustre padre; en ella había libros valiosos y un nutrido archivo de cartas y documentos del Libertador, de Lafayette, Humboldt, Boussingault, Santander y otros personajes mundialmente famosos, además de un centenar de obras inéditas suyas, de su padre y de su esposo. Sería muy interesante averiguar el paradero de tan importante material histórico y científico.

El día 17 de marzo de 1913, a los ochenta años de edad, falleció en su ciudad natal esta ilustre y eminente escritora.

CIRO VEGA AGUILERA

ANTONIO JOSE DE SUCRE*

**(Mariscal de Ayacucho y Primer Presidente de Bolivia)
1795 - 1830**

Por SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

I

Vino al mundo ANTONIO JOSÉ DE SUCRE en la Provincia de Cumaná (Venezuela) el 3 de febrero de 1795; hijo de padres distinguidos, se educó en Caracas y entró al servicio militar con el grado de Teniente, y fue muy útil en los Ejércitos patriotas como Oficial científico. Prendado el General Miranda de las cualidades

* GENERALES ILUSTRES DE LA EPOCA DE LA INDEPENDENCIA - ANTONIO JOSE DE SUCRE - (Mariscal de Ayacucho y Primer Presidente de Bolivia) - (1795-1830) - Biblioteca Histórica - Número 3 - Bogotá, febrero de 1909 - Imprenta Moderna - Bogotá.

morales y cultas maneras del joven cumanés, le hizo ingresar en 1811 en el Estado Mayor.

“Desde aquella mañana de la Patria —dice el Dr. Cristóbal L. Mendoza— que se anunció con risueños albores, para entenebrecerse luego, desencadenando sobre ella furiosa tempestad, aparece SUCRE, adolescente, casi niño, ciñendo la espada del soldado patriota, y empleando su esfuerzo por la República al lado del infortunado Miranda, que le llamó con el fin de aprovechar las aptitudes del joven oficial, acaudalado ya con la ciencia del Ingeniero y con otras nociones que realzaban su claro talento.

“Tremendo fue el año de 1812 para la desventurada Venezuela, que cayó herida de muerte, vencida y aherrojada, no por virtud del esfuerzo enemigo, sino porque el hado adverso paralizó con temerosa catástrofe la actividad de nuestros Libertadores. Las más bellas ciudades de la joven República se estremecieron, presa de convulsivo espasmo, y se desplomaron sobre sus desapercibidos moradores, llevando desolación, espanto y muerte por todo el ámbito del territorio nacional; la miseria asomó en amarillenta faz en los hogares; llanto de desesperación escaldó los ojos de las madres, y el brazo desmayado del guerrero patriota dejó caer el arma vencedora. Tan sólo las almas de singular esfuerzo se mantuvieron serenas en tan infausta ocasión. . . Entre los impávidos está SUCRE, alma de bronce para la adversidad, corazón blando para todo infortunio, batallador incontrastable en los días de pruebas ingentes para la Patria, á quien él quería grande y feliz. . .”

Cuando los patriotas tuvieron que ceder y capitular con los realistas, SUCRE tomó parte con Mariño, Piar y demás republicanos en el nuevo levantamiento que intentaron hacer en Güiza. Con éstos combatió y fue derrotado por Monteverde. Después, al lado de Piar venció al mismo Monteverde y á Antoñazas, y bajo las órdenes de Mariño trabajó asiduamente para organizar y disciplinar el ejército republicano.

Unido Mariño al Libertador, SUCRE tuvo la satisfacción de combatir denodadamente en la famosa batalla de *Carabobo 1º*, una de las mayores glorias de Bolívar; pero después vino á sufrir la derrota de la *Puerta*, y tuvo que retirarse con el vencido Mariño á Cumaná.

Los desastres que después cayeron sobre los republicanos obligaron al joven SUCRE á retirarse á Cartagena con el Libertador, y mientras que éste abandonaba la tierra firme, SUCRE permaneció en Cartagena y ayudó á defender la plaza contra Morillo, de 1815 á 1816. “Era entonces (dice el Sr. Lino de Pombo en sus reminiscencias del sitio de Cartagena) un joven de nariz bien perfilada, tez blanca, cabellos negros, ojo observador, talla mediana y pocas carnes, modales finos, taciturno y modesto.”

Tal como era SUCRE á los 22 años lo fue siempre: *un ángel* le llamaba Santander, pero un ángel con el valor indómito del león y la sagacidad del lince.

Afortunadamente nuestro protagonista logró salir de Cartagena antes de que cayese esta ciudad en manos de los realistas, y se retiró á la isla de la Trinidad, en donde permaneció hasta que supo que se levantaban tropas patriotas en Venezuela. Quiso entonces, junto con otros emigrados, unirse á Bolívar, que se hallaba en Haití y fletó una embarcación con el objeto de ir á tomar sus órdenes.

Yendo en alta mar les acometió una espantosa tempestad. La pequeña goleta no pudo resistir la fuerza de las encrespadas olas y fue despedazada por éstas. La mayor parte de sus compañeros perecieron ahogados, pero SUCRE, era buen nadador y, además, su carácter sereno le impedía perder la cabeza en los momentos angustiosos. Asióse á un baúl que flotaba á su lado y á pesar de la tempestad que le sacudía y los relámpagos que le cegaban, permaneció veinte horas asido del baúl, muerto de hambre y de sed. Al fin serenóse el tiempo, salieron de la vecina costa unos pescadores en un barquichuelo, vieron á lo lejos sobrenadar al desdichado SUCRE que perdía ya las fuerzas, é indudablemente se hubiera ahogado si estos dos hombres no le recogen y le salvan llevándole no á Haití sino á tierra firme. Dice Azpuru en su *Biografía de Sucre*, que cuando el Gran Mariscal estaba en todo el brillo de su fama en Bolivia, se acordó de que aquéllos hombres, cuyo nombre conocía, le habían salvado la vida, y escribió á Venezuela mandando que les recompensasen generosamente, en su nombre, en prueba de que no olvidaba el beneficio que le habían hecho.

En Güiza se encontró con el General Mariño, quien le concedió el mando del *Batallón Colombia*. De allí pasó á la Guayana, en donde trabajó arduamente en la organización de los ejércitos republicanos. Obediente siempre, consejero prudentísimo, su adhesión á Bolívar fue completa. Mientras que éste se dirigía á Nueva Granada en 1819, SUCRE permaneció en Venezuela como Jefe de Estado Mayor del Ejército de Oriente, y por algún tiempo más siguió sirviendo en su Patria. Entre los comisionados que el Libertador escogió para que fuesen á ajustar el armisticio con el General Morillo, estaba SUCRE, cuyo carácter dulce y conciliador le hacía muy apto para esa comisión.

II

Una vez que Bolívar vio que en Venezuela y Nueva Granada los republicanos estaban dueños de todo y que los españoles abandonaban el campo, resolvió obrar sobre el Sur y unir sus ejércitos á los de San Martín, para hacer triunfar su causa en toda la América del Sur. Con el objeto de preparar la campaña que meditaba, envió al General SUCRE á Guayaquil, ciudad que había pedido auxilios á Colombia para llevar á cabo su independencia.

En Guayaquil SUCRE tuvo que luchar con la ignorancia militar de los ciudadanos, que carecían por entero de experiencia en asuntos de guerra, y por muchos meses se encontró en situación muy peligrosa, con escasa tropa y teniendo al frente las fuerzas que el español Aymerich había levantado en la Provincia de Quito. Comprendió que sólo la audacia podía salvarle; y al tener noticia de que una División realista avanzaba hacia Guayaquil, resolvió salir á encontrarla á Yaguachi, antes de que llegase cerca de la ciudad. Efectivamente, los españoles, que no aguardaban un ataque de tan pocas fuerzas, se sorprendieron, y aunque pelearon con brío, los republicanos los derrotaron completamente y se hicieron á los armamentos y pertrechos que necesitaban. Además, SUCRE tomó 600 prisioneros, entre los cuales se hallaba el segundo Jefe de la División realista.

Después de haber obtenido tan señaladas ventajas, SUCRE resolvió marchar sobre Ambato, en donde estaba acantonado el enemigo, á pesar de que éste le aven-

tajaba en número y en todo; pero esta vez los realistas no aguardan el ataque, sino que se arrojan sobre los americanos, los envuelven, los desordenan y los dispersan. ¡Sólo pudieron salvarse cien soldados y algunos Oficiales!

SUCRE regresó á Guayaquil con la poca gente que le había quedado y algunos dispersos que se le unieron. Allí llegaron 500 hombres que enviaban de Colombia, con los cuales y con las fuerzas que logró reclutar y disciplinar en Guayaquil, levantó una tropa que apenas alcanzaba á 1.700 hombres.

Sin embargo, aquello le pareció suficiente para encararse con las fuerzas realistas, y el 20 de enero de 1822 salió de Guayaquil y se encaminó hacia Quito.

Los españoles tenían mucho partido en el interior, pero también los republicanos disponían de gran número de amigos en Quito y Loja, los cuales hacían todo lo posible para auxiliarlos. Cuando SUCRE llegó a Cuenca, ya tenía bajo sus órdenes 2.000 hombres entusiastas. Los realistas, que habían salido á encontrarle, iban replegándose hacia Quito, perseguidos por SUCRE, cuyo empeño era impedir que los españoles enviasen auxilios á la Provincia de Pasto, en donde el Libertador, también en vía para Quito, luchaba para transmontar los riscos y asperezas de la cordillera.

Entre tanto, SUCRE disciplinaba y organizaba su ejército, y no se movió de Cuenca sino cuando creyó que había llegado la hora: entonces se adelantó hacia Ríobamba. Allí supo que había muerto el Capitán General Mourgeón, y que el reino de Quito estaba bajo las órdenes de Aymerich. El 12 de Mayo continuó su marcha, y el 15 el ejército de SUCRE pernoctó sobre las faldas heladas del Cotopaxi; el 16 acamparon en el valle de Chillo, y el 21 los alarmados realistas los vieron llegar a los ejidos de Quito.

Ya SUCRE contaba con 3.000 combatientes, así: cuatro batallones de colombianos de infantería y dos escuadrones de caballería; dos batallones de peruanos auxiliares al mando del entonces Coronel Santa Cruz; un escuadrón de granaderos de caballería, chilenos y argentinos, pamperos y gauchos armados con lazos y bolas.

Al bajar al valle de Turubamba, á las once de la mañana, SUCRE encontró á los realistas parapetados en posiciones inexpugnables; entonces buscó otras posiciones y formó su ejército en orden de batalla. Allí permanecieron todo el día sin que los realistas los atacaran, á pesar de que el denodado Coronel Córdoba les provocó con una compañía de caballería á que salieran de sus parapetos. Esa noche acamparon en aquel lugar y permanecieron quietos todo el día siguiente á la vista de los enemigos. Pero mientras que éstos creían que los patriotas ocupaban el mismo sitio, durante toda la noche, por orden de SUCRE, se pusieron en marcha por despeñaderos y abismos, y en silencio rodearon á los realistas y subieron sin ser oídos hasta la cumbre del Pichincha, antiguo volcán que domina la ciudad de Quito.

Caundo los españoles notaron aquel movimiento estratégico de SUCRE, resolvieron atacarle antes de que pudiera ponerse á la defensiva y de que llegara la artillería, que se había quedado atrás por en medio de aquellas malezas, custodiada por el batallón Albión.

SUCRE abarcaba con la mirada todo el campo y daba sus órdenes con impavidez y serenidad. Hubo un momento de angustia: el General Santa Cruz con su división flaqueó y se declaró en retirada, perseguido por los realistas; pero en breve el vacío fue llenado y tocó el turno á los españoles, quienes empezaron á ceder el

terreno y á poco se declararon en derrota. Corrieron entonces á refugiarse en las calles de la ciudad y en la fortaleza del *Panecillo*.

SUCRE mandó cesar la persecución y envió su edecán á casa de Aymerich á ofrecerle una honrosa capitulación. ¿Qué podía hacer el Jefe realista? No poseía ejército ninguno fuera de las tropas que quedaban en los desfiladeros de Pasto al mando del General Basilio García; había perdido cerca de 600 hombres entre muertos y heridos y más de 1.200 prisioneros; el armamento, artillería, pertrechos, banderas, etc., estaba todo en manos de los americanos. . .

El 25 de Mayo se firmaron las capitulaciones y terminó para siempre la dominación del Rey de España en el reino de Quito; pero desgraciadamente empezó poco después para esa región tan privilegiada por la naturaleza una época de guerra civil que duró más de 60 años, casi sin interrupción.

Mientras tenían lugar estos acontecimientos en Quito, el Libertador hacía inauditos esfuerzos para trasmontar las ásperas serranías de Pasto, hasta que venció á los realistas en la gloriosa batalla de Bomboná y obligó al Jefe realista á capitular en Pasto. En aquella ciudad tuvo por primera vez noticia de los triunfos de SUCRE sobre las faldas del Pichincha, y como amaba tan entrañablemente á su compatriota, se llenó de alegría, pues entre aquellos dos nobilísimos corazones no cabía jamás la emulación.

Hé aquí lo que escribía Bolívar al General Rafael Urdaneta desde Quito el 27 de octubre de 1822:

“Me voy para Bogotá á pasar la Noche Buena, dejando esto en el mejor estado posible.

“SUCRE llenará mi puesto en mi ausencia: está adorado de todo el mundo, y tiene cualidades admirables para gobernar. . .”

Pero si SUCRE era adorado de todos, él á su turno había entregado su corazón á una señorita de alta alcurnia, la Marquesa de Solanda, “sobresaliente —dice el Dr. Villanueva— al sentir de los cronistas, entre las más hermosas y ricas damas de aquella capital. Su galantería respetuosa para con las familias de la más distinguida aristocracia, el prestigio de su mérito, la dulzura de su carácter, la gracia y magnificencia con que distribuía sus dádivas á sus soldados. . . todo esto lo hacía respetable entre los hombres y adorable entre las mujeres”

Como sabemos, el Libertador tenía grande interés en verse con el Protector del Perú, el General San Martín, lo cual llevó á cabo en Guayaquil.

SUCRE entre tanto organizaba activamente el Gobierno de Quito; pero en medio de estas faenas tuvo que bajar á Pasto á debelar una insurrección y ayudar al Libertador á reunir ejército para pasar al Perú, á donde debería ir abandonando su intención de pasar la Noche Buena en Bogotá.

Bolívar, después de la conferencia con San Martín, se había hecho cargo de la guerra del Perú contra los realistas, pero necesitaba enviar á aquel país un Ministro Plenipotenciario para que arreglase ciertos negocios delicados. SUCRE partió con ese importante cargo. San Martín había dimitido todo cargo civil y militar en el Perú, y entre tanto las fuerzas republicanas sufrieron derrotas sobre derrotas, mientras que una pléyade de ambiciosos se disputaban el mando civil. El Libertador aguardaba fuerzas de Colombia y licencia de su Gobierno para salir del territorio y guerrear en el Perú, y entre tanto era preciso que alguien fuese á representarle en Lima.

SUCRE llegó á aquella ciudad en los momentos en que reinaba el desorden más completo en las filas republicanas, y entonces los peruanos no encontraron otro remedio de arreglar esas disputas sino nombrando á SUCRE Jefe de las operaciones contra los realistas, mientras que llegaba Bolívar.

Angustiadísimas fue aquella época para SUCRE, tan amante de la obediencia y la concordia en el ejército; pero logró al fin poner algún orden en todo aquello, después de que Santa Cruz fue completamente derrotado por los realistas. Los peruanos tuvieron que acallar las ambiciones de unos y otros por carecer completamente de elementos de guerra.

IV

Cuando llegó Bolívar al Perú no existía ya ejército peruano y la mayor parte de los chilenos y argentinos habían partido para sus respectivos países; además, los jefes peruanos preferían tratar con los españoles más bien que someterse á ser mandados por colombianos. Sin embargo, ni Bolívar ni SUCRE se amilanaron: el primero ordenaba la unión de los batallones colombianos que llevaba consigo á los restos del ejército peruano, y el segundo se ocupaba activamente en disciplinar y conciliar á unos y otros.

Al empezar el año de 1824 los españoles ponían sobre las armas 12.000 hombres, de los cuales el General realista Canterac había formado un escogido ejército de 9.000 soldados. A mediados de aquel año Bolívar resolvió atacarle repentinamente y sorprender á los realistas por la celeridad de sus movimientos, ya que no podía superarles en el número de sus soldados, ni en la riqueza de su armamento. El resultado de aquel movimiento fue el triunfo que los republicanos obtuvieron en Junín el 6 de agosto de 1824.

Concluída aquella campaña gloriosa, Bolívar dejó el ejército en manos del General SUCRE, con orden de que continuase las operaciones contra los realistas, y él bajó á la costa del Perú á preparar nuevos elementos de guerra y recibir las tropas que deberían enviarle de Colombia.

El Virrey Laserna se manifestó indignado con la derrota de las tropas realistas en Junín, y resolvió hacer un esfuerzo supremo para atacar á SUCRE, mientras que se ausentaba Bolívar. El Virrey poseía una infantería de 9.500 plazas, y su caballería no bajaba de 2.500 jinetes, además de excelente artillería.

Para desorientar al enemigo, el Virrey se entretuvo en marchas y contramarchas por cerros y despoblados de los alrededores de Huamanga, hasta que, después de varias semanas de vacilaciones, resolvió escoger un sitio que consideró excelente para librar batalla campal á los republicanos. Estos constaban solamente de 4.500 colombianos y 1.280 peruanos y argentinos. No alcanzaban, pues, á 5.800 combatientes.

V

El 9 de Diciembre, al salir el sol, éste iluminó los dos campamentos enemigos: el español se encontraba situado sobre las alturas de Cundurcunca, mientras que SUCRE con su ejército aguardaba el ataque en el terreno plano. Los america-

nos, inspirados por los recuerdos del reciente triunfo de Junín, se manifestaban llenos de entusiasmo, á pesar del formidable aspecto de las tropas realistas, doblemente numerosas.

Hasta las diez del día no se entró en batalla; apenas se oían algunas descargas y hormigueaban los realistas en la falda del cerro arreglando su artillería. En aquel momento SUCRE dio la orden de que forzasen la artillería enemiga, antes de que empezasen los fuegos. Al ataque violento de los americanos se desgranaron masas de soldados realistas, los cuales bajaron como una tempestad por la falda del cerro haciendo nutridísimo fuego al mismo tiempo, pero en la vía se encontraron con los republicanos y se empeñó un combate violentísimo.

El Virrey Laserna coronaba la altura rodeado de su Estado Mayor, y desde allí daba sus órdenes, cuando de repente vio flaquear á los suyos en todas direcciones y que el enemigo llegaba hasta el sitio que él mismo ocupaba. . . El General Córdoba, que había marchado al ataque diciendo á sus tropas: "Soldados, paso de vencedores!", llegaba en aquel momento, rodeaba con los suyos al Virrey y le tomaba preso con todos sus oficiales. SUCRE manifestó en aquella ocasión toda su caballerosidad; mandó que rindiesen honores al ilustre prisionero, y antes de que se ocultase el sol estaban ajustadas las capitulaciones con los vencidos.

¡Qué triunfo tan espléndido! El Virrey entregaba el territorio peruano que hasta entonces había ocupado, las armas, los parques, los almacenes militares y la plaza del Callao.¹

El Perú era el último baluarte que habían conservado los partidarios del Rey en América; por consiguiente aquella batalla fue la más importante que se libró en América desde el principio de la guerra de la Independencia. Sin embargo, SUCRE no se envaneció con aquel triunfo. Pocos días después escribía á Bolívar. . . : "Como he dicho á usted, cuento haber concluído mi comisión en Ayacucho, y rogaré á usted mil veces que me haga pasar adelante. Yo estoy más contento por haber satisfecho los encargos de usted y porque usted haya salido de la empresa del Perú, que por el servicio que he hecho y la gloria que de él pueda resultarme. Crea usted que le hablo sinceramente y sin lisonja, que usted sabe que no tengo. En mi placer por la victoria tan completa y de tanta trascendencia, mi pensamiento es siempre usted. . . Crea usted, mi General, que mil veces he dicho: 'si el Libertador está contento de mi comportamiento, basta por toda gloria de la campaña.' "

Nos hemos extendido un poco; pero era preciso, para esbozar este gran carácter, citarle á él mismo, al militar más noble, más inmaculado de todos los que ha dado América, ni probablemente dará jamás.

VI

SUCRE, ya con el título de Mariscal de Ayacucho, recorrió todo el Alto Perú y en las poblaciones le aclamaban como su libertador.

En una de estas excursiones —dice el Dr. Villanueva en su libro sobre SUCRE— leemos lo siguiente:

1. En España le recibieron muy mal á su regreso, y á él y á los militares que con él cayeron los llamaban por baldón *los Ayacuchos*. "Así paga el diablo á quien bien le sirve."

“El cura del pueblecillo de Puno, el Alcalde y casi todos los vecinos salieron á acompañarle hasta el río Uncacharí. Al llegar á la orilla lo encontraron salido de madre; tendido como un inmenso lago. Era preciso atravesarlo para no interrumpir el itinerario marcado á los diversos cuerpos y en esta virtud mandó oficiales á recorrer la orilla arriba y abajo en solicitud de balsas. No habiéndose encontrado ninguna, ordenó á uno de sus Ayudantes, muy práctico, que buscara un vado para pasar la caballería. A poco se le informó que era imposible esguazar el río porque en vez de bajar seguía creciendo. Los indios, dominados por las supersticiones, se arrodillaban delante del General, y abrazándole las piernas le suplicaban que no intentara arrojarse al agua porque todos se ahogarían. Pero el General SUCRE, comprendiendo los peligros que podían sobrevenirle por el retardo de un día, insistió en pasar al otro lado.

“Escribió sobre sus rodillas una orden á las autoridades de la otra banda y mandó á sus asistentes que pasaran el río como se hacía en los de Venezuela, para llevar las comunicaciones á su destino.

“Aquellos hombres eran maracaiberos, adiestrados en el arte de nadar. Desnúdanse, desensillan los caballos, se acomoda uno de ellos el pliego en la cabeza, como hacen los llaneros con sus sillas, y á un tiempo se botan al río sobre los caballos.

“Por primera vez veía aquella gente tan pintoresca función, exceptuando á los llaneros que iban en el ejército. Cayeron al agua los caballos, y los dos nadadores con las manos sobre sus ancas rompían las aguas con tal arte y brío que causaron en todo el ejército, tendido en la orilla, asombro y admiración. No se veían sino las cabezas de los caballos y las de los jinetes, como monstruos marinos que se burlaban de aquel elemento. El General SUCRE los siguió con su anteojo hasta que hicieron pie del otro lado.

“A las tres de la tarde se dejó ver una flota de balsas, comandadas por los vecinos de los pueblos ribereños, yendo delantera una como capitana, alfombrada y adornada de palmas y flores para el General en Jefe, pero éste no quiso aceptarla, disponiendo que fuera en ella el Estado Mayor. En la última, ya casi al anochecer, se embarcó SUCRE con sus edecanes.”

SUCRE se ocupaba sin cesar en reglamentar el Gobierno civil del país. Convocó una Asamblea para que ella decretase leyes y ordenase el gobierno que los habitantes de aquella sección de América preferían, puesto que no querían pertenecer al Perú ni tampoco á la Argentina.

Cuando Bolívar llegó á la ciudad de La Paz, le hicieron un entusiasta recibimiento. Ya en el Cuzco le habían tratado lo mismo, y además le regalaron una corona de oro guarnecida con diamantes. “Esta recompensa, dijo el Libertador entregándosela á SUCRE, toca al vencedor, y como á tal la traspaso al Héroe de Ayacucho.”

El Congreso ó Asamblea General de aquel país dio el nombre del Libertador á la República que nacía, y el de SUCRE á la capital de ella; y, al ausentarse Bolívar, el gran Mariscal de Ayacucho fue elegido Presidente del nuevo país que se creaba.

Inmediatamente que se hizo cargo de aquel empleo —el cual aceptó con mucha repugnancia, pues deseaba volverse á Quito en donde se había casado por poder— SUCRE se ocupó de cuanto podía producir la felicidad de la República; cuidó de sus límites con el Perú, de sus industrias, de sus rentas, del orden público, de la

policía, de las minas, de los caminos, etc. Creyendo que su sueldo le bastaría para vivir honradamente, mandó que la parte que le tocaba de la herencia de su padre (unos 24.000 duros) se la diesen á sus hermanos, que estaban en Venezuela.

Pero los enemigos y envidiosos del poder que ejercía y de las glorias que había conquistado trabajaban solapadamente contra él. Por algún tiempo la influencia de aquella gente no pudo socabar la popularidad de que gozaba en todas las capas de la sociedad boliviana. Sin embargo, fuerza es decirlo para mengua de los soldados colombianos, éstos fueron los primeros en sublevarse y dieron el pernicioso ejemplo, que fue imitado por la guarnición, compuesta de peruanos, argentinos y los pocos bolivianos que había en Chuquisaca. SUCRE quiso someter el motín con su presencia, pero le recibieron con una descarga, hiriéndole en la cabeza y despedazándole el brazo derecho; heridas graves que le obligaron á separarse del Gobierno y guardar cama. Pero aquellas heridas no solamente despedazaron su cuerpo, sino también su corazón. Al mismo tiempo avanzaban tropas peruanas, y el General Gamarra le intimó que presentase su renuncia y dejase el Gobierno á los hijos del país. SUCRE hacía muchos meses que había resuelto alejarse de Bolivia;² por consiguiente no tuvo el menor inconveniente en hacerlo, y cuando se reunió el Congreso envió su renuncia en un Mensaje interesantísimo. En éste hace completa reseña de lo que en menos de dos años había llevado á cabo su Administración. Hé aquí algunos párrafos de ese documento:

“Aunque, por resultado de instigaciones extrañas, llevo roto el brazo que en Ayacucho terminó la guerra de la Independencia americana, que destrozó las cadenas del Perú y dio el sér á Bolivia, me conformo cuando en medio de difíciles circunstancias tengo mi conciencia libre de todo crimen. Al pasar el Desaguadero encontré una porción de hombres y tiranos, devorados por los enconos y sedientos de venganza. Concilié los ánimos, he formado un pueblo que tiene leyes propias, que va cambiando su educación y sus hábitos coloniales, que está reconocido de sus vecinos, que está exento de deudas exteriores, que sólo tiene una interior pequeña y en su propio provecho, y que dirigido por un gobierno prudente será feliz. . .”

Desgraciadamente, por largos y largos años la desdichada Bolivia no tuvo gobiernos prudentes, sino todo lo contrario, y por consiguiente arrastró una vida procelosa y desventurada.

VII

SUCRE partió esa misma tarde con dirección á la costa y de allí, salió para Guayaquil, á donde llegó el 18 de Septiembre de 1828.

Entre tanto los peruanos, y á su cabeza el General La Mar —nombrado Presidente del Perú— prepararon una invasión contra Colombia en connivencia con los Generales José María Obando y José Hilario López, quienes se dejaron llevar por su odio al Libertador, al Mariscal SUCRE y al General Flores, hasta fraguar

2. Más de seis meses antes escribía lo siguiente á Bolívar:

“Usted me pregunta si definitivamente me voy el 6 de Agosto, y yo juzgaba que usted no tenía ya la menor duda sobre esto. . . Bien que en el país me quieran y que en general se interesen por mi permanencia. . . Si me pregunta por qué he repetido tántas veces que me

una revolución en el Cauca y combinar ésta con la expedición de La Mar. Obando escribía á La Mar en Diciembre de 1828 que el ejército peruano “podía marchar hasta la capital de la República sin encontrar más obstáculo que el miserable ejército mandado por el insignificante Flores”.³

Efectivamente, el ejército con que La Mar invadió el territorio colombiano —8.000 hombres, bien vestidos y armados— eran aparentemente superiores á los de Flores, pero éste había quedado bajo las órdenes del vencedor en Ayacucho, nombrado Jefe Superior por Bolívar. SUCRE, tan amante de la paz y la concordia, antes de atacar á los peruanos escribió á su Jefe y le hizo proposiciones de paz. Pero La Mar, lleno de orgullo, las rechazó. Se creía fácilmente victorioso con el auxilio que le prestaría Obando, pues ignoraba que éste ya se había medido con las fuerzas del Libertador y había sido vencido en Túquerres.

Viendo SUCRE que el enemigo avanzaba, les atacó primero cerca de la aldea de Saraguro con dos compañías no más; pero éste, en lugar de defenderse, huyó dejando en manos de los colombianos parte de sus equipajes, armas y municiones, y del pánico participó el mismo La Mar. Dirigióse éste, ya arreglado de nuevo su ejército, á un sitio muy ventajoso llamado el PORTETE DE TARQUI. . . Pero los colombianos no se cuidaron de ello. SUCRE, el 26 de Febrero, dispuso que se diera allí la batalla, y el 27 de Febrero, al clarear el día, se rompieron los fuegos entre esos dos ejércitos que habían combatido juntos cuatro años antes! Triste suerte de nuestras guerras civiles! Los Generales La Mar y Gamarra tenían á sus órdenes 5.000 hombres y SUCRE 2.000 mal armados. Pero no bien entran en pelea cuando los peruanos ceden terreno ante los valientes que los atacan y los vencen; los deshacen y los derrotan en poco tiempo. De nuevo huyen los peruanos, junto con sus Jefes La Mar y Gamarra. Persiguieron al enemigo los colombianos que habían entrado en combate, pues había quedado atrás parte del ejército de SUCRE. Perdieron los peruanos, entre muertos y heridos, 2.500 hombres, en tanto que los colombianos no tuvieron que lamentar sino 154 muertos y 200 heridos.

SUCRE supo que el derrotado La Mar había hecho alto en Girón y de nuevo le mandó proponer la paz. Este, después de algunas vacilaciones, al fin capituló.

SUCRE escribió entonces al Libertador desde Cuenca. Entre otras cosas le dice: “Hemos podido hacer mucho más, pero los peruanos nos pidieron que no los humillásemos porque estaban bien castigados con su desgracia.”

Concluída esta hazaña, el vencedor regresó á su casa tranquilamente.

Pacificado el Sur de Colombia y derrotada la invasión peruana, el General SUCRE á pesar de su odio á todo lo que se rozase con la política, aceptó un puesto en el Congreso como Senador. Se encaminó desde Quito hasta Bogotá, en Noviembre de 1829, y fue elegido Presidente del Senado en el mes de Enero del fatal año de 1830. El General Bolívar, con su franqueza característica, tuvo la imprudencia de llamar al Mariscal de Ayacucho “el más digno de los Generales de Colombia.”

voy, respondo: 1º, porque tengo una repugnancia invencible á la carrera pública; 2º, porque siendo extraño no puedo hacer el bien del país con medidas sólidas; 3º, porque estoy persuadido de que á la larga debe Bolivia encontrarse como el resto de América, y yo no quiero ser víctima cuando, conociendo las causas, veo que es imposible el remedio, pues que todo el trabajo es en falso y que todo esto es, políticamente, un montón de arena que el soplo de cualquier atrevido lo destruye; y en fin, por mil y mil razones. . .”

3. Memorias de O'Leary, tomo IV, p. 430.

Aquellas palabras llenaron de envidia á unos, de cólera á otros, y SUCRE se vio sin culpa suya, el blanco de muchos odios y de la emulación de los demás Generales colombianos.

Por aquel tiempo la situación de Venezuela era cada día más delicada, y su deseo de separarse del resto de Colombia tomaba proporciones alarmantes para la paz de la República. Con el objeto de que trabajasen en pro de la reconciliación, y para tratar de que se zanjasen las dificultades que se presentaban en Venezuela, el General SUCRE y el Sr. Obispo de Santa Marta —nombrados con aquel objeto— se pusieron en marcha hacia Venezuela, á mediados de Febrero, pero tuvieron que devolverse del camino al saber que el General Páez había dado orden para que no les admitiesen en territorio venezolano.

A su regreso a Bogotá SUCRE tuvo la pena de ver partir á su amigo más querido, el General Bolívar, para la Costa Atlántica, después de haber renunciado toda ingerencia en el Gobierno de Colombia. Profundamente afligido con la situación de esa Colombia que él había ayudado á crear, viéndola caer á pedazos, resolvió regresar á Quito con la mayor celeridad posible. Deseaba abandonar la política y volver al seno de su familia á descansar de tantas amarguras. Salió de Bogotá á mediados de Mayo y sin querer escuchar los consejos de sus amigos tomó el camino de tierra por Pasto. En la montaña de Berruecos, empero, le aguardaba la muerte en la mañana del 4 de junio. Las balas alevosas de cuatro asesinos, instrumentos del General Obando (quien, á su vez obedecía á la Junta de liberales que desde Bogotá le dieron la orden), le atravesaron el noble pecho y le arrancaron la vida en la flor de la edad madura y cuando ésta podía haber producido aún grandes bienes para la Patria. ¡Decretos inescrutables de la Divina Providencia!

* * *

LOS ASESINOS DEL GRAN MARISCAL DE AYACUCHO

Por SOLEDAD ACOSTA DE SAMPER

LOS MALHECHORES DE LA MONTAÑA DE BERRUECOS

Hay tipos en la historia de las naciones que empiezan á constituirse, muy curiosos, al parecer inverosímiles, y diríase que casi hasta imposibles; pero que son, sin embargo, enteramente verdaderos, y que se deberían estudiar para comprender muchos acontecimientos históricos.

Al leer el segundo tomo de las Memorias del General Posada, tropezámos con un personaje, casi de novela, y cuyo carácter nos llamó vivamente la atención, tanto más que, sin pensarlo ni tener parte en ello, él fue causa de que se descubrieran los criminales autores de uno de los más funestos dramas representados en la montaña de Berruecos: hablo del asesinato del General SUCRE.

Llamábase Andrés Noguera el tipo extraño que nos excitó la atención, tipo acabado por cierto de aquellos guerrilleros pastusos que tanto han dado que hacer á nuestros gobiernos, desde la época de la Independencia hasta el día.

Mestizo, nacido de blanco é india, criado en medio de los más recónditos riscos de aquellas montañas, en el centro de agrestes selvas, helados páramos y horribles despeñaderos; oyendo el rudo golpear de impetuosas corrientes y el bramar de las tempestades; siempre á la intemperie, jinete en fogosos caballos, tan indómitos como sus amos; rodeado de gentes de estrechas ideas, llenas de extrañas suspersiciones y locos arranques de crueldad, y animadas por aquella savia apasionada que produce el cruzamiento de la raza española con la de los valientes quillacingas, Andrés Noguera se hizo en breve jefe de una horda de foragidos sin ley, ni más Dios que su voluntad, y que tánto mal hicieron á los patriotas desde los albores de la Independencia. Humilde servidor de José María Obando, cuando éste combatía en favor de España y contra los patriotas, nunca entendió por qué su caudillo, con Sarria, Erazo y otros guerrilleros realistas, habían cambiado de banderas y puéstose á órdenes de sus antiguos contrarios.

A pesar de su ferocidad —pues jamás perdonaba al vencido— y de su carácter violento é indomable, Noguera no carecía de ciertos rasgos de caballeridad, que se traducían en su fe en Fernando VII, cuya causa defendió con abnegación y constancia, á pesar de todos los halagos que le ofrecían para que sirviese á los republicanos. La causa que defendía era el ideal, no la comprendía sino con la imaginación, y estaba unida para él con la Religión, si así se pueden llamar las prácticas de fanática piedad que profesaba. Para aquella gente, la bella y dulce Religión Católica se había convertido en feroces creencias que tenían más de paganas que otra cosa, y en las que no dejaban ningún lugar á la doctrina de perdón y mansedumbre que predicó el Redentor.

Una vez que sus compañeros realistas se hubieron pasado á sus anteriores enemigos, el jefe guerrillero se internó en sus ocultas selvas, sin querer fraternizar con la causa americana; pero no por eso riñó con sus antiguos amigos. Con Obando y Sarria conservó siempre relaciones de amistad, y con Erazo, que había recibido, al concluir la guerra, un mando semi-militar en la montaña de Berruecos, vivía en perfecta armonía.

Habíanse pasado catorce años desde que Noguera militaba á órdenes de Obando contra los patriotas, sin que su nombre aterrador volviese á aparecer ante el público. ¿Qué había sido de aquel hombre durante todo ese tiempo? ¿Por ventura el que se había criado matando podía vivir tranquilo y sosegado? Nó, por cierto; aquello no estaba en su carácter; y ya que no combatía por el Rey Fernando VII, cuyo nombre reverenciaba siempre, resolvió continuar con las armas en la mano en servicio propio. Reunió en torno suyo una partida de malhechores, con los cuales solía frecuentar los caminos y veredas de las fronteras de Nueva Granada y el Ecuador, robando y asesinando á mano armada á los viajeros, con los cuales sostenía á veces reñidos combates. El mismo Obando, en sus *Apuntamientos*, dice que aquellos malhechores en 1830 “habían asesinado una partida de 26 soldados en Olaya; á Catalina Viveros en la Cañada, á un Sr. Rosero en la Alpujarra, á otros vecinos en Taminango, y recientemente en la Caldera á unos frailes ordenados, y á un comerciante Manuel Pérez, de Popayán”.

Aunque las autoridades del Cauca fingían perseguir á los peligrosísimos bandidos, los revolucionarios de profesión tenían buen cuidado de no estrellarse con ellos, porque sabían que en un lance apurado aquella guerrilla les podría servir

de mucho, lo mismo que en caso de un pronunciamiento, y deseaban, además que, para cualquier evento, hubiese gente enseñada al ejercicio de la guerra.

Habían transcurrido, pues, muchos años desde que los conmitones de Noguera abandonaron la causa de España, cuando tuvo lugar en Pasto, en 1839, el alzamiento contra el Gobierno del Dr. Márquez, con pretexto de la supresión de los conventos menores en aquella Provincia. Mientras el Padre Villota aclamaba como jefe á San Francisco de Asís, Noguera se presentaba en Pasto proclamando á Fernando VII. Así, pues, seis años después de la muerte de este Rey, oyóse en el fondo de las más recónditas montañas de América el grito de ¡Viva Fernando VII ¿No es esta una curiosísima anomalía?

La primera hazaña del guerrillero fue arrojarle con sus adictos, desde la cumbre de sus encrespadas montañas, como una tempestad tropical, y sacrificar á un infeliz destacamento de Guardia Nacional, que el Gobierno mandaba contra los facciosos de Pasto. Haciendo uso de macanas y cuchillos, los compañeros de Noguera degollaron á toda la tropa del Gobierno, sin dejar uno solo.

A la guerrilla de Noguera se unió la de otro malhechor llamado Estanislao España, y entre los dos reunieron prontamente 800 hombres, “y, dice el General Posada,¹ los frailes de Pasto les proveían de armas y municiones del Ecuador, donde se hallaban. Las fuerzas de estos dos feroces caudillos se componían de indios de los campos que están, ó estaban entonces, casi como al tiempo de la conquista. Hablan su propio dialecto, bien que estropean un mal castellano, con tanta velocidad pronunciado, que cuesta trabajo entenderles. Por aquellos cerros, por aquellos riscos peligrosos, por aquellas faldas pendientes, corren con pie firme sin dar un resbalón; pasan á nado los ríos y aun los torrentes impetuosos; el más poderoso caballo y la mula más fuerte no son capaces de seguirlos en la marcha de algunos días, principalmente cuando hay cuevas pendientes que subir. Con estas facultades de locomoción, imposible es que tropas regularizadas puedan obtener ventajas sobre ellos, cuando no esperan á campo raso ó en lugares accesibles.”

Sumamente hábil en combinar todas las tretas usadas en las guerrillas, Noguera logró establecer un sistema de espionaje tan perfecto, que los facciosos tenían noticia hora por hora de cuanto sucedía en el campamento de los defensores del Gobierno. Sin embargo, el buen orden y la disciplina pudieron más que el entusiasmo febril de los pastusos. El General Herrán, que comandaba las tropas del Gobierno, derrotó en el combate de Buesaco á los impetuosos pastusos. Cayó prisionero el Comandante de las fuerzas rebeldes, el antiguo amigo del General Obando, el Coronel Antonio Mariano Alvarez; fue apresado el Padre Villota, así como también los principales cabecillas de la insurrección, los cuales á poco fueron indultados, con sobrada precipitación. Pero entre tanto que éstos se rendían, Noguera se escapaba con los suyos, é iban á ocultarse entre los riscos de aquellos cerros, que conocían palmo á palmo.

El país continuó, pues, en efervescencia, y las fuerzas del Gobierno, acampadas en Pasto, no tenían un día de tranquilidad á pesar del triunfo obtenido. Noguera y España hostilizaban sin cesar al General Herrán, se apoderaban de los soldados que encontraban en los caminos, y cuando menos lo esperaban, llegaban

1. Memorias Histórico-políticas, 2º tomo, p. 89.

hasta los alrededores de Pasto, y en el ejido se robaban las caballerías y los ganados. Al principio procuróse ganar á los guerrilleros usando de generosidad; pero viendo que aquello era imposible, resolvieron tomar serias providencias para tratar de disolver ese enemigo implacable, que aparecía de repente y, dejando una huella de sangre, desaparecía como una sombra en el corazón de aquellas inaccesibles montañas.

Largas semanas duró ese estado de agitación y de intranquilidad. “Cuál sería el carácter de aquella guerra desesperante (dice Posada), lo indica el que el General Herrán, además de la acción de Buesaco y de Chaguarbamba, en que fue derrotado Noguera, tuvo que dar once combates formales más, hasta el 31 de Diciembre (1839), fuera de los tiroteos diarios, sin que ni unos ni otros dieran resultados decisivos. Los derrotados hoy, aparecían reforzados días después, y aquello era para el General Herrán el suplicio de Sísifo. En la persecución y en las marchas caían de á dos, de á tres, de á más, nuestros soldados, heridos por tiros que salían de los bosques ó de las cumbres de los cerros, sin que se vieran los agresores; así como cayeron antes en los mismos parajes los patriotas que combatían por la causa de la Independencia.”

Esta situación no podía prolongarse indefinidamente, y al fin los compañeros de Noguera empezaron á cansarse; muchos se desbandaban, y el guerrillero perdía terreno y abandonaba sitios que había defendido contra la invasión de los soldados del Gobierno. En una de aquellas expediciones, en que Noguera tuvo que abandonar alguna de sus guaridas, las tropas dieron con un escondite en que hallaron algunas cartas firmadas por José Erazo, el cual durante toda esa guerra parecía haberse conservado fiel al Gobierno y sirviéndole en un empleo subalterno, en su casa, en el Salto de Mayo. Pero aquellas cartas hicieron patente que si Erazo no había tomado las armas en favor de los pastusos, les servía mucho mejor en calidad de espía. En esas cartas avisaba á su compadre Noguera cuáles eran los movimientos diarios de las tropas del Gobierno, de lo cual él tenía conocimiento completo y seguro.

Llevadas las cartas del espía al General Herrán, éste mandó que aprehendiesen á Erazo, pero advirtió al jefe del piquete enviado con ese objeto al Salto de Mayo, que lo hiciese sigilosamente y no le dijeran el motivo.

Ejecutaron la captura como había mandado hacerlo el General, y Erazo se vio amarrado cuando menos lo pensaba. Preguntó qué motivo había para que hicieran aquello con él, y como no le contestasen, cruzó sus miradas con las de su mujer Desideria Meléndez, que hacía muchos años que lo acompañaba á todas partes. El hombre palideció, la mujer rompió á llorar, y ambos á un mismo tiempo se figuraron que algo se había descubierto de la parte que Erazo había tenido en el asesinato del Mariscal SUCRE.

—¡El culpable, dijo la mujer, no fue José, sino Apolinar Morillo!

—¿Apolinar Morillo?, preguntaron los captores, que no tenían por qué pensar en un militar insignificante que se hallaba entonces viviendo en Cali, retirado del servicio militar.

—Sí, el Coronel Morillo, añadió la mujer y lo puedo probar, porque previendo este caso, guardé las cartas que trajo ese militar de parte del General Obando y del Comandante Alvarez; con ellas mi marido podrá sincerarse.

Entonces los circunstantes comprendieron que la Meléndez aludía al asesinato del Mariscal de Ayacucho, crimen que nadie había olvidado, aunque hacía muchos años que no se averiguaba quiénes fueran los culpados.

Al regresar á Pasto, el Oficial que llevaba preso á Erazo avisó que éste no negaba lo que antes había dicho, á saber, que sabía quiénes eran los asesinos del Mariscal SUCRE. Entonces el Comandante Mutis avisó al Gobernador de la Provincia de Pasto que Erazo seguía hablando del asunto. Tomáronle la declaración formal á Manuel María Mutis y después á Erazo varias veces.² En la *segunda*, que es la más larga y pormenorizada, después de hablar de la llegada á la Venta del Oficial Apolinar Morillo con una carta del Teniente Coronel Mariano Alvarez, en la cual le decía que auxiliase al Comandante Morillo en lo que pudiera, añadió que le repugnaba asesinar al General SUCRE, pero que “entre las insinuaciones de Morillo le hizo la indicación de que la orden de asesinar al General SUCRE era dada por el General José María Obando al Comandante Antonio Mariano Alvarez, con la circunstancia de que no se había podido verificar en otros puntos; que como no tenía confianza el General Obando en José Erazo, y Alvarez le dijo que debía confiarse en Erazo, pues que era hombre de carácter, y que aunque no tomase parte guardaría sigilo: que asimismo le indicó también, que el expresado General Obando iba á mandar dinero para los que se comprometan. . .”

Como la mujer de Erazo aseguraba que poseía las cartas de Alvarez y Obando ocultas en el Salto de Mayo, comisionaron al Capitán Apolinar Torres para que acompañase á Desideria Meléndez hasta el sitio en que debía hallarlas. Al llegar á aquella casa maldecida del Salto de Mayo, en donde se daban cita todos los bandidos de la montaña, y en donde se habían combinado mil tenebrosas tramas, la mujer de Erazo indicó una grieta dentro de una roca, tapada con una piedra —que era la caja fuerte de aquel facineroso. Torres removió la piedra y descubrió una petaquilla de esparto, y dentro de ella hallaron dos cartas: una firmada por J. M. Obando y otra por A. Mariano Alvarez.

Hé aquí las cartas comprometedoras, y que tanto ruido hicieron y causaron tántas desgracias y derramamiento de sangre:

“Buesaco, Mayo 28

Mi estimado Erazo:—El dador de ésta le advertirá de un negocio importante que es preciso lo haga con él. El le dirá á la voz todo, y maros á la obra. Oiga todo lo que le diga y usted dirija el golpe. Suyo.

JOSÉ MARÍA OBANDO”

* * *

Ahora la otra:

“Pasto, Mayo 31 de 1830

Querido Erazo:—Al Comandante Morillo, que es el conductor de ésta, me hará el favor de atenderlo y servirlo en cuanto pueda, pues es amigo mío. Vea usted en lo que le pueda servir. Su amigo,

ANTONIO MARIANO ALVAREZ”

2. Véase: “Causa criminal seguida contra el Coronel Graduado Apolinar Morilla y demás autores y cómplices del asesinato perpetrado en la persona del Sr. General Antonio José de Sucre.” Trabajo llevado á cabo por el Dr. José María Mendoza, fiscal interino de la Corte Suprema - Impresa en Junio de 1843.